
CAPITULO II.

ELEVACION AL PODER.

I.

Preparativos.

El 16 de Noviembre de 1879, en el mismo mes y día de la batalla de Tecuac, y en el tercer aniversario de ella, hizo el general Gonzalez la renuncia del Ministerio de la Guerra que tenia á su cargo, presentando por motivo de tal renuncia su candidatura á la presidencia de la República. Destituido de una historia que le prestigiara ante la Nacion, porque á más de esa negra leyenda que se ha tratado de bosquejar en el primer capítulo, tenia sobre sí la acusacion pública de complicidad en los asesinatos de los insignes patriotas Melchor Ocampo y Leandro Valle, pareció como que queria cubrirse con el recuerdo de su cooperacion victo-

riosa en Tecoaac, para imponer al país su candidatura, por el éxito, ya que no pudiese por la simpatía. Un club de miembros del Depósito, corporación de vagancia militar, favorecida y aumentada por Gonzalez en su Ministerio, habia salido en una de las noches recientes á proclamar su candidatura, á luz de hachones y ruido de charanga, y se declaró aquello una manifestacion popular. Surgieron en la prensa órganos electorales postulando al candidato oficial en términos del más pomposo elogio. Un periódico que tuvo la serenidad de llamarse *El Libre Sufragio*, fué desde luego el principal instrumento de propaganda, y salió un día diciendo: "*La gloria de Manuel Gonzalez habria sido en la antigüedad la más bella aspiracion de los reyes, en la Edad Media la más bella ilusion de los príncipes, en la actualidad el sueño de los libertadores del despotismo.*" Otro cofrade de la misma regla llamaba á Gonzalez *el general triunfante en 72 batallas*, y todos sus postulantes concinieron en referirse á él bajo la advocacion del *valiente ó glorioso mutilado de Puebla y de Tecoaac*. Habíase acrecentado, á la sazón, la turbulencia

revolucionaria del Nayarit, y el gobierno del general Diaz quiso, por su parte, contribuir á la propaganda de popularidad de los periódicos laudatorios, destinando á Gonzalez á apaciguar la zona conmovida, al frente de una fuerte columna expedicionaria. Esa expedicion militar que se le confió en compañía de amplias facultades y grandes elementos pecuniarios, le expuso desde luego á la denominacion humorística de *Procónsul de Occidente*, y despues, en el curso y fin de su expedicion, á serias imputaciones de haber economizado el plomo y derrochado la plata para obligar á los cabecillas descarriados á volver al redil de la paz. Decíase que habia dado al cabecilla Rentería 8,000 pesos al contado y 22,000 pagaderos por libranza aceptada á corto plazo, y con la añadidura de su despacho de general de brigada; y que al cabecilla Term le habia otorgado, con su despacho de general de division, 14,000 pesos al contado y 26,000 á plazo. Negó rotundamente Gonzalez por medio de carta á su secretario particular, Rivas, que hubiese exactitud en tales aserciones. Y una acta de sumision incondicional al Gobierno, firmada por

los cabecillas nombrados y algunos otros, fué lanzada por todos los ámbitos del país como una prueba de papel con que tapar las bosas de los maldicientes. Pareció extraña ciertamente aquella rendición sin un tiro y con puro *speech* tartamudeado por Gonzalez, llevándose á cabo sobre masas aguerridas é indómitas que más de una vez han hecho estremecer á la Nación; pero un punto como éste, velado de suyo por compromisos de mútua reserva, será objeto de las conjeturas, y nunca de las precisiones de la Historia. El *pacificador del Nayarit*, nombre que se añadió al caudal de tantos nombres gloriosos que adquirió en poco tiempo el general Gonzalez, fué esperado con ánsia por sus partidarios en la capital de la República, despues de tan deantado triunfo incruento, y el aclamado, ánes de volver á la capital, creyó aquel el momen^o oportuno para hacer su profesion de fé política ante el país que estaba en vías de gobernar. Yoltó desde Tepic el eterno programa halagador de todos los que no están en el poder y quieren btenerlo.

II.

Palabras, palabras, palabras.

Con fecha 5 de Febrero de 1880, en dicha ciudad de Tepic, publicó Gonzalez su dicho *programa*, pieza que debe siempre verse ántes de entrar á la funcion. En él hacia promesas solemnes, de las cuales entresacamos algunas:

«Mi política tendrá por objeto principal proporcionar al país un activo y buen gobierno. Activo y buen gobierno llamo yo al que llena las necesidades del servicio *sin permitir que éstas sirvan de pretexto para especulaciones privadas.*»

.....
 «Necesidad imperiosa en el arreglo de la Hacienda pública, que debe descansar en . . . la regularidad en la inversion de los caudales, procurando siempre aligerar en cuanto sea posible las cargas que pesan sobre los contribuyentes, y comparando con criterio la cifra de los sacrificios que se impongan al pueblo con las ventajas que de ellos

han de resultarle, á fin de que ninguno de esos sacrificios sea estéril, y que todos ellos produzcan bienes positivos á la generalidad de la República.»

II

«Condensando los puntos que anteceden, resulta paz, orden, progreso, union y *moralidad administrativa*.....»

«Tal es la profesion de fé política que someto á la apreciacion de mis conciudadanos; sé que *exponerla equivale á una protesta solemne, y estas protestas de honor obligan siempre la lealtad de los candidatos que las prestan con un corazon resuelto.*»

«Si soy llamado á ejercer el poder, mi ambición única se limitará á que al terminar mi período constitucional se diga de mí: «Fué un buen servidor de la patria.»»

Todo esto estaba firmado en grandes letras: MANUEL GONZALEZ..... Al hombre se le toma por la palabra, como al toro por los cuernos. Queden esas protestas, de intento subrayadas, al frente de esta Historia, como un cartabon ofrecido

por el mismo personaje historiado, para que conforme á él se le mida y juzgue. A ese cartabon habrá el historiador de referirse en el curso de su relato, tan naturalmente como el que analizando un acto, se refiere á la promesa que acerca de él se hizo.

III

Cinco candidaturas habian surjido en oposicion á la de Gonzalez. La de Justo Banitez, apoyada más en el recuerdo que en la realidad de su influencia sobre el general Diaz, la de D. Ignacio Vallarta, presidente de la Suprema Corte y vicepresidente de la República, la del general García de la Cadena, gobernador de Zacatecas, la del general Ignacio Mejía, representacion póstuma del militarismo que ya tenia en Gonzalez su nueva representacion, y la de D. Manuel M. de Zamacona, basada en ciertas simpatías dispersas que le grangeara su prestigio de orador y de diplomático. Sus fuerzas respectivas para contrarrestar la eleccion

oficial, se clasificaban así: el gobierno de Guajuato y el del Distrito Federal en favor de Benitez; los de Jalisco y Colima en favor de Vallarta; el de Zacatecas en el de García de la Cadena, y los Sres. Mejía y Zamacona destituidos de todo elemento de poder, fiando su éxito á inocentes gestiones de sus grupos adictos, en el terreno platónico de la prensa y en el ilusorio de las elecciones populares. Los elementos de los tres primeros, siendo los únicos apreciables en nuestro falso y brutal sistema electoral, quedaban reducidos á la insignificancia por su misma estrecha localizacion y por la accion más ó ménos coactiva de las tropas federales en las elecciones de dichos Estados. . . . Pasaron los procedimientos formularios del simulacro de elecciones, el tiroteo de alabanzas por la prensa al candidato propio y reproches al ageno, el aparato de casillas de siertas ó poco ménos, y el teje-manaje de cédulas, y por fin de todo, en una hermosa mañana de Agosto de 1880, se supo que D. Manuel Gonzalez era elegido para la presidencia por cerca de 10,000 votos de todo el cuerpo electoral, que no consta de más de 12,000 electores secundarios. ¡10,000 votos representaban la casi unanimidad de la eleccion, y co-

rrespondian á los votos de 7 á 8 millones de habitantes de los 9 ó 10 que tenia la República!

¿Cómo no hubo entónces una demostracion popular que respondiera á la negacion que habia en la conciencia de cada mexicano frente á una afirmacion tan monstruosa?—Nada! Entónces no hubo por toda la extension del país quien lanzara un grito de *muera*, ni quien rompiese un farol. El espíritu público, inerte, quizá le veamos reservar su energía para cuatro años despues, cuando la aceptacion de aquel gobernante impuesto ya no tenia remedio; pero por entónces se encerró en su inercia y en su negacion. Cuando un pueblo es así, se duda del derecho que pueda tener para quejarse de que un gobernante le salga malo. Si al cabo de los dias, el gobernante resulta ser un Calígula, se está tentado á creer que el pueblo mereció al Calígula. . . . Y sirva este paréntesis para probar que esta Historia, que está resuelta á decir la verdad, se la dirá lo mismo al gobernante cuando es indigno que al pueblo cuando lo es.

IV.

¡Cosa extraña! Las personalidades liberales más inmaculadas, los hombres de más pura historia se apresuraron á hacer coro de alabanzas en torno del soldado reaccionario, en cuanto vieron su frente, sombreada por tan tristes recuerdos y presentimientos, ceñida ya por la corona del éxito. Quizá los odios que había concitado la influencia de Benítez, por él destruida, contribuían á hacerle benévolo ciertos hombres, agraviados por el antiguo privado. Pero de todos modos, era de ver la prisa que se daban muchas personalidades, unas correspondidas despues, desengañadas otras, en ir á recibir en son de triunfo al candidato oficial cuando volvía de sus expediciones por el Occidente. Véíase un convoy especial de wagoes de la línea incipiente del Ferrocarril Central, cargado de hombres políticos que iban hasta Huehuetoca á dar sus plácemes de bienvenida á la capital de la República y al sillón presidencial, al candidato Manuel Gonzá-

lez. Bajaba éste de su coche de viaje y le estrechaban todos con efusion, que se continuaba en torno de una mesa de innumerables cubiertos, á la cual se sentaban con el doble fin de un refrigerio material y político. Allí pudieron empezarse á ver agrupándose en rededor del futuro Presidente, á hombres que despues verémos formando con él núcleo de accion en casi todas sus empresas. Allí se veía, sentado á su diestra, á guisa de amado discípulo, á un doctor destinado á grande y extraordinaria privanza. No léjos asomaba los contornos de su caraza de buho rubicundo un cierto español que (si la memoria no es infiel) se hacia llamar D. García. Más allá, un personaje pequeño, de oscuro rostro, medio indiano, medio etiópico, inclinado sobre la mesa, tenía un ojo al plato y otro al candidato, y entre bocado y bocado, le dirigía sonrisas de órgano oficial, ya ensayadas con éxito en tres Presidentes. Y aquí y allí, sobre cada plato del banquete, erguíanse en bustos flexibles é inclinados en actitud de profunda reverencia, semblantes almibarados vueltos hácia el candidato con ojos de cordero aceptando el degüello. Luego, no bien caida la sopa en tantos vientres devorados por la

gastralgía política, se declaraba llegada la hora de los brándis, y todos se atropellaban á tomar la palabra. Espumeaba el champagne, estremeciase el rústico techo del improvisado salon de Huehuetoca batido por los corchos, y faltaban oídos en el candidato para tanta elocuencia. El doctor, que tenia la dicha de ser su concuño, se levantaba, el primero, á brindar en su honor, considerándole no como concuño, sino como candidato; D. García, húmedos de inspiracion los ojos, encendidos y redondos como los del *tecolotl* azteca en nuestras más sombrías noches, saltaba estrujando la servilleta para decir que si el candidato no era español, merecia serlo como él, porque por las venas de ámbos corria la sangre de todos los héroes de las Españas; el personaje etiópico no dijo nada en loor del héroe, porque sin duda se proponia modestamente reservarse para hacerlo dia por dia, en una hoja oficial en la cual pensaba envolverse durante otros otros cuatro y aun más años; y por último, hasta hombres sérios, estimables por su inteligencia y honradez, concurrían á esgrimir sus armas corteses en aquel torneo de lisonjas. D. Vicente Riva Pa-

lacio, armado con el estribillo sentencioso de "ni rencores por el pasado ni temores por el porvenir," estaba allí para prestar el apoyo moral de su presencia y de su palabra á la nueva situacion que iba á surgir para el país de aquel candidato y aquel juego de elogios.

¡Desgraciada atmósfera la que habia venido formándose y envolviendo á toda la sociedad mexicana, y en la cual se sentían tranquilos y sin temores por el porvenir los hombres eminentes, y en extremo regocijados los pequeños y vulgares! El acatamiento ciego y la adulacion, esas enfermedades del espíritu humano en los períodos de decadencia, habian cundido, el primero en las masas, y elevándose la segunda á las clases superiores, tras del simulacro bélico de Tecuac. Un dia, por la misma época final de 1880, en un banquete dado en Puebla al general Presidente Porfirio Diaz, con motivo de la apertura de una Exposicion, un jóven se levantó en medio de la granizada de brándis lisonjeros, á brindar tambien en honor de Porfirio. Empezó por decir que era huérfano y lloraba á un padre muerto; continuó que su padre habia muerto fusilado, agregó que el fusilamiento lo habia ordenado y hecho ejecutar

Porfirio Diaz, y concluyó manifestando que á pesar de eso brindaba por el fusilador de su padre, en quien reconocía un héroe, grande hombre y otras cosas. . . . Tales tiempos corrian para la República, que aquel brándis contra la naturaleza pareció natural á los asistentes del banquete. Los romanos llamaban á ese estado general de los ánimos en un pueblo, servidumbre (*servitium*): Nosotros le llamamos *política*. . . . Otro detalle que bastaría por sí mismo á definir aquella situación, era que hasta esa punzante sátira mexicana que en otros tiempos se habia ejercido con tan terribles efectos contra gobiernos que representaban la dominacion armada, como los de Santa-Anna y de Maximiliano, hasta ella concurrió entonces á favorecer la candidatura de Gonzalez, impuesta al país por el prestigio de las armas. Un sólo semanario cómico, *El Coyote*, era en la prensa el órgano de la sátira política, y—¿qué hacia?—satirizar á los desvalidos candidatos de oposicion y dejar á Manuel Gonzalez, á él, que tenia en sí los elementos del supremo ridículo: el poder y la fuerza agena sin el mérito propio, dejarle respetuosamente en un puesto de inviolabilidad, intangible á la sátira.

A favor de ese estado del espíritu público, subió Gonzalez á ocupar la presidencia el 1.º de Diciembre de 1880. * Cuando en la Roma de la decadencia se apresuraban todos á prestar el juramento de obediencia á Tiberio, y las ciudades de España y del Asia se disputaban la preferencia de hacerle honores divinos, entonces ¿cómo se precipitan to-

* Antes se ha fijado aproximadamente en 10,000 el número de votos que tuvo Gonzalez para la Presidencia, en el cuerpo electoral. Posteriormente á la fijacion de esa cifra aproximada, el historiador ha podido tener á la vista el cómputo exacto de los votos que tuvo Gonzalez y otros Presidentes anteriores á él, y de su exámen comparativo resulta que Gonzalez fué el Presidente que, desde la Independencia hasta él, ha reunido mayor número de votos. He aquí el cómputo:

Benito Juarez, en 1861.	5,289 votos.
Benito Juarez, en 1867: mayoría absoluta con un cuerpo de.	10,380 electores.
Benito Juarez en 1871: le faltó la mayoría absoluta de votos, ó sea la mitad más uno entre.	12,361 electores,
y fué declarado Presidente por el Congreso.	
Sebastian Lerdo de Tejada, en 1872.	10,312 votos.
Porfirio Diaz, en 1877.	11,475 id.
MANUEL GONZALEZ, en 1880.	11,528 id.

De la comparacion de esas cifras resulta Manuel Gonza-

Los á la servidumbre, exclamaba un historiador; cónsules, senadores, caballeros, todos van á ella; cuanto más ilustres, tanto más falsos y presurosos!» * El apresurado reconocimiento y aceptación del Gobierno de Gonzalez, aun por las clases y hombres ilustrados á quienes más repugnaba su fraguada elección, ofrece en la Historia de México un fenómeno semejante.

Fue elevado á la presidencia por una votación más numerosa que las que elevaron á otros Presidentes en sus épocas de más popularidad, tales como la de Juárez en 67, la de Lerdo en 72 y la de Porfirio Díaz en 77..... Sirva esta nota de apoyo al pensamiento desarrollado en el texto. Aceptando que los 11,528 votos de Gonzalez fuesen verdaderos, esa verdad no era en aquel caso más que la expresión de esta otra: indiferencia en la gran masa del pueblo, siempre rebelde á votar, y servilidad extraordinaria para aceptar al candidato oficial en las clases cultas que «hacen política,» representadas por los electores. «Nunca se vió en México un candidato oficial favorecido por una votación más numerosa,» dice en este caso la Historia; y «nunca se vió en México un mayor rebajamiento de la virtud cívica,» es lo que dice la Filosofía de la Historia.

**Omnes in servitium ruere; consules, patres, eques; quanto quis illustrior tanto magis falsi ac festinantes.*—TÁBITO.—Anales, Lib. I.

CAPITULO III.

EL PRIMER DIA DE UN PRESIDENTE

I.

Manuel Gonzalez, aturdido.

La situación particular de Gonzalez frente á la del país que le dejaba tan impasiblemente apoderarse de su dirección suprema, fué la del aturdimiento que se produce en un hombre pobre ante la evidencia de que acaba de sacarse el premio gordo de la lotería. Su existencia entera, llena de las fatigas de la pobreza y de la lucha, no habia tenido hasta allí, desde su primer día de vida en el Moquete, mas que fugaces periodos de reposo y bienestar. Gobernador de palacio en tiempo de Juárez, habia salido de su cargo casi despedido, (*)

(*) Mas adelante habrá que referirse mas particularmente á ese su gobierno de palacio cuando haya que estudiar su vida en el recinto de ese edificio.

ministro de la Guerra bajo su antecesor Porfirio, habia tenido que disputar su ministerio al general Ogazon á quien mas de una vez insultó personalmente para obligarle á salir, y entrado él en su lugar, salió á su vez bien pronto para emprender los trabajos de su propia elevacion á la presidencia. Largas marchas al Occidente del país aun no llegadas con la capital por medio de vías férreas, armadas y comisiones fatigosas en la áspera sierra del Nayarit, sufrimientos de agresiones inermes por parte del partido vallartista de Jalisco, y de agresiones armadas por parte de algun loco del partido benitista de Guanajuato que le dirigió en la calle algunos balazos; pudo decirse que Manuel Gonzalez llegaba al dorado sillón presidencial, sabiendo apenas de la vida de cuartel, del polvo de los caminos y de las amarguras de su latente impopularidad. Derepente, tanto acatamiento y tantos honores, las granizadas de brindis de Huehuetoca, los osannas de la prensa aduladora, los once mil quinientos veintiocho votos cayéndole como lluvia de flores sobre la cabeza enmarañada, todo tenia que convertirle su placer en el estupor del deslumbramiento. Sin quererlo, hallóse en la

situacion de un hombre inculto, mal vestido y salpicado con el lodo de callejuela enfangada y sombría á quien se introdujese súbitamente en un espléndido salón de fiesta para ocupar el primer puesto bajo el dosel de terciopelo recamado de oro.

II.

Ceremonias.

Contábase entre el pueblo en los dias que precedieron de cerca á su elevacion al poder que lo que más le preocupaba eran las ceremonias ineludibles de protesta de ley ante la cámara de diputados y discurso de aceptacion, en la mañana del 1º de Diciembre. El discurso de contestacion al presidente saliente era cosa cuya confeccion podia cederse á segunda persona; pero habia que leerlo y accionarlo, vastido de etiqueta, y esas tareas intrasmisibles le llenaban de embarazo anticipadamente. Por los mismos dias, un sastre, como inspirado por la situacion angustiosa del nuevo presidente, discurrió obsequiarle con un frac *sin cos-*

turas. Lo habia hecho despues de multiplicados y prolijos ensayos, con la particularidad de que no lo habia probado en el cuerpo mismo del candidato, sino en el de un su amigo de muy semejante conformacion. Tarea dura era la de entallar perfectamente, sin auxilio de tijeras ni aguja, un pedazo de paño al torso taurino de Manuel Gonzalez; pero el sastre era catalan, y por lo tanto cabeza inteligente y obstinada, y consiguió al fin perfeccionar la peregrina pieza de indumentaria que, dentro de caja de madera preciosa, envió al candidato pocos dias antes de la esperada ceremonia. Valia tanto como decirle: "A usted que no está hecho á fracs, ahí le va uno sin costuras para que se digne ponérselo para las ceremonias en que le es de rigor." Y Manuel Gonzalez, dócil al obsequio, se puso el frac, y con él asistió á la solemnidad legal de inauguracion de su gobierno en la cámara de diputados. en la mañana del 31 de Noviembre. Se le vió esa mañana en el escenario del ex-teatro Iturbide, repantigado en el sillón presidencial, en la actitud de un rey en medio de su corte en el quinto acto de un drama clásico, luego se puso de pié ostentando el perfil de un dorso ad-

mirable, como si el frac del catalan hubiese tenido sobre su espalda combada las virtudes del corsé de Cesar Borgia, y en seguida formuló el "sí" de la protesta con la decision de un novio ante el cura. . . . No le faltaba mas que el discurso de Palacio. Suenan las diez y media y un coche de gala llega hasta el pié de la escalera del Palacio Nacional. De él baja Manuel Gonzalez, siempre con el frac á cuestas, y se dirige al salon de embajadores donde toma asiento al lado de Porfirio Diaz que cumple con su alocucion de entrega del poder supremo; y acto continuo pronuncia el segundo su discurso de contestacion que sonó en los oidos de los asistentes como un cuarto de hora de garraspera. . . . La ley no le exigía más para que empezara á ser presidente. Despidióse Porfirio que tuvo cuidado en alejarse á pié y sin honores oficiales, nuevo Cincinnato, á la vida de hogar, y quedó Manuel Gonzalez pensando en que al fin se hallaba en posesion de la inmensa finca del Palacio Nacional.

III.

"El Estado es Palacio."

Y era verdad. . . . Para los hijos de nuestras revoluciones, la Presidencia, el Poder Supremo del país se había confundido en sus ánimos y en sus ideas, con el Palacio Nacional de México. En sus días de combate ó de fuga por caminos, veredas y montañas, nuestros *pronunciados* volvían los ojos de su alma y todas sus ansias hacía el Palacio de la capital, como los mahometanos se vuelven siempre en tus oraciones hacía la mezquita de la Meca. En sus planes políticos, Porfirio Diaz había siempre expresado, sin darse cuenta de ello, este sentimiento de la multitud revolucionaria que le seguía, cuando ponía en ellos algo como esto: "este plan empezará á regir desde que el general en jefe de las fuerzas *regeneradoras* (revolucionarias) ocupe el Palacio Nacional. Obtener el Palacio era obtener. El triunfo decisivo, siquiera fuese en las garitas de la capital, no era completo sino hasta que los triunfantes llegasen materialmente á la puerta

y pudiesen esparcirse por los patios y corredores de Palacio. Esta sustitucion de conceptos en virtud de la cual "la posesion del Palacio daba la posesion del Poder," tenía que llevar á ciertos espíritus materialistas hasta la recíproca: "la posesion del Poder dá la posesion del Palacio." Manuel Gonzalez, que en su vida de campaña había estado siempre viendo el vetusto edificio en las más doradas lontananzas de sus sueños y ambiciones de soldado; Manuel Gonzalez, que en tiempo de Juarez había gozado y abusado de los goces de gobernador palatino y había visto desvanecerse de repente su gobernatura, gracias á destitucion impuesta por el mismo Juarez, tenía en su pasado particulares motivos para desear la finca con cierta clase de amor fanático, y para creer y deleitarse, en lo más hondo de su alma, en dicha recíproca: "la posesion del poder da la posesion del palacio." Viendo á Porfirio Diaz alejarse como un dueño antiguo que cede la casa al nuevo dueño, sintiéndose adulado y cortejado como señor en aquellos salones de que antes había sido simple gobernador ó mayordomo, las primeras impresiones que recibía de su nuevo poder, le vinieron del local en que tenía que ejer-

cerlo, más que de otra parte. En consecuencia, el país, la República, la inmensa extension del territorio mexicano con sus diez millones de hombres, tenían que perderse ante su vista y solo quedar bajo ella, claro y distinto, el palacio, con sus salones, galerías, escaleras, patios, que tanto conocía. Lo conocía en todos sus rincones, pazadizos, sitios apartados y misteriosos, tan propios para hacer de ellos gabinetes de trabajo como retretes de placer. . . . "¿Con que todo esto es mio?—" "Sí señor, es de usted," le gritaba cada caravana, cada rendido ademan de los que se le acercaban. Venía el gobernador de palacio á protestarle que todo el edificio estaba tan completamente á su disposicion como su propia persona, se le presentaba el conserje con su manojó de llaves pidiendo órdenes. No se necesitaba más para acabar de adherir su voluntad al palacio. Y bajo la influencia de ese sentimiento materialista, en vez de pensar en que le habia caído en sus manos la suerte de un pueblo, no le fué dado pensar sino en que acababa de adquirir una nueva é inmensa casa donde podia gozar y prosperar. ¿Qué casa era aquella?

CAPITULO IV.

EL PALACIO NACIONAL.

I.

La nueva casa que Manuel Gonzalez adquirió o creyó adquirir elevándose á la presidencia de México el 1.^o de Diciembre de 1880, era una casa muy vieja. El observador no tenia más que verla para convencerse de que de lo alto de ella le estaban contemplando algunos siglos. En vano era que la escobaceasen y pintarreasen los albañiles, que los carpinteros repusiesen las puertas-vidrieras de sus balcones, que los arquitectos le añadiesen algunos apéndices de ornamentacion ó de deformidad. . . . la casa quedaba siempre vieja á la vista, más vieja de lo que era realmente. Su fachada, sin ser ruínosa, parecia ruína; sin tener cuatro siglos aparentaba haber cumplido los diez y nueve de la Era. El Arte infunde eterna juventud á los edificios; la